

I El campeón de Liga.

Estábamos los cuatro sentados en una mesita cuadrada. Josep bebía una copa de coñac; Juan de Dios un gran vaso de leche y yo un anís. En cuanto a Tina, ella estaba tomando un café con leche.

Josep nos decía que el Athletic de Bilbao había quedado campeón de la liga.

Juan de Dios, que era guipuzcoano de Rentería, y además un fanático de la Real Sociedad, respondió sin dejarle terminar.

-Todavía no se sabe; le lleva sólo dos puntos a la Real y si el domingo nosotros ganamos y el Bilbao pierde quedaremos empatados a 22 puntos.

-Es lo mismo-remachó Josep- En ese caso cuenta el “goal average” y el Athletic tiene 72 goles a favor y 31 en contra, lo que da un cociente superior a 2, mientras la Real tiene 40 a favor y 38 en contra, es decir un cociente poco mayor que uno. Aunque la Real meta diez goles el domingo dará igual; seguirá muy por debajo.

-Pero el Racing también puede llegar a 22 puntos, y si empatan los tres.....

-Pues peor para la Real, porque tiene peor cociente que el Santander y quedaríais los terceros.

El de Rentería se quedó callado un momento y luego insistió.

-Lo que pasa es que eso del cociente está muy mal puesto; lo que tenía que contar es la diferencia de goles.

-Pero, hombre, no sabes lo que dices; el Athletic tiene una diferencia de 41 goles a favor y vosotros, sólo de dos.

Ahora Juan de Dios se quedó sin palabras. Sólo entonces intervino Tina:

-Me parece que Josep no está bien informado.

Juan de Dios la miró con los ojos muy abiertos. No era una mirada de alivio porque alguien le defendiera. Aquella mirada significaba mucho más....

Quizás el lector imagine que Tina se había expresado con brusquedad; no era así en absoluto. Ni tampoco lo había hecho con ironía; ella simplemente decía lo que entendía que era la verdad. Ni siquiera se podía calificar su tono de aséptico; más bien se podría decir que se dirigía a Josep con cariño.

Josep era estudiante de Derecho y como los estudios le iban bien se sentía muy seguro de si mismo. Además, su padre era un hombre rico; tenía muchas y buenas tierras en la provincia de Tarragona.

A Josep no le gustó la intromisión de la mujer.... Y a mí me extraño que se sintiera molesto. Normalmente no se enfadaba por nada: sólo unos días antes yo mismo, ante su referencia reiterada a que Ricardo Zamora era madrileño, le corregí aclarando que era catalán; y él, después de una leve sonrisa burlona que me dejó algo confuso, cambió el tercio de la conversación sin inmutarse.

Pero la afirmación de Tina le hizo sentirse inseguro e incomodo. De todos modos, la expresión de disgusto de Josep apenas duro unos segundos; era un hombre educado y le pidió a la chica que se explicara.

-Según me han dicho –comenzó la muchacha- no cuenta el “goal average” general, al que tú te has referido, sino el particular. Y el Bilbao le ha ganado a la Real en San Mamés por 6 a 1, en tanto que en San Sebastián sólo perdio por 1 a 0. De modo que tiene 6 goles a favor y 2 en contra. El Bilbao es campeón seguro si ambos equipos empatan a 22 puntos.

Ahora le tocó el turno al catalán de defenderse un poco a la desesperada.

-¿Y si empatan los tres? ¿Qué pasa si también el Santander llega a 22 puntos?

-Vamos a verlo –dijo Tina-. Mira, el Bilbao ganó al Racing 7 a 1 y perdió en Santander 4 a 1: de modo que tiene 8 goles a favor y 5 en contra. Por otra parte –continuó- la Real perdió con el Racing 4 a 7; aunque logró ganar en Santander 2 a 5; de modo que tenemos 9 goles a favor y 9 en contra, lo mismo para la Real que para el Santander.

Juan de Dios la miraba embelesado, en tanto que Josep estaba bastante confuso; pero supo mantener el tipo con cierta dosis de ironía.

-Chica, no me aclaro.

-Espera un poco. Si lo sumamos todo resulta que el Bilbao tiene 14 a favor y 7 en contra, es decir un cociente igual a 2. La Real –prosiguió- tiene 11 a favor y 15 en contra: por tanto un cociente igual a 0,73. En cuanto al Racing tiene 14 a favor y 17 en contra, es decir, un cociente de 0’82. Acabando: el Bilbao sería primero, el Racing segundo y la Real tercera.

La Real sería, pues, tercera; pero el de Rentería se mostraba encantado con las explicaciones de Tina. En cuanto a Josep, al menos en su expresión, o habría que decir en su falta de expresión, no parecía en absoluto infeliz.

Más tarde acompañé a Tina a su casa. Cruzando por la Plaza Mayor, y como íbamos solos, me atreví a preguntar:

-¿Y cómo sabías tú eso?

-Lo he oído en el puesto del pescado. Y luego ha dado la casualidad de que los números venían en el periódico en el que me han envuelto el bonito.

-¿Y te acuerdas de tanta cifra?

- Pues sí.

Al cruzarnos con otra gente en un paso estrecho, ella se movió con ligereza y se adelantó a mí. Por un instante, puede contemplar su figura. Recordé lo que Josep había comentado en cierta ocasión: “Esa chica tiene un

cuerpo maravilloso. Puede ser que sus ropas la favorezcan; o quizás, simplemente, no puedan esconder sus formas divinas.”

Y, con suma tranquilidad, había continuado: “Y su rostro es muy bello; y su voz, angelical.”

Yo, no sé si por ocultar mis sentimientos, o sencillamente por mostrar moderación, le dije que exageraba.

Ella misma se cosía la ropa. Y cuando salía a la calle con un vestido nuevo puesto, no sólo le sentaba perfectamente, sino que parecía que lo había llevado ya durante años, por la naturalidad con la que se movía.

Su voz interrumpió mis pensamientos.

-¡Oye, Martín!

-Dime.

-Mira, mañana llega don Marcelino. No hace falta que vengas a buscarme a casa. Yo ire a reunirme con vosotros al café.

-Muy bien, Albertina, como tú quieras.

Creo que ha llegado el momento de informar, aunque sea de modo breve, sobre mis tres amigos y sobre mi mismo.

Yo había llegado hacía algunos meses a Madrid, desde un pueblecito del Norte, para estudiar Derecho. Me había traído mi padre, y me había dejado en casa de unos amigos suyos. En aquella casa disponía de una habitación muy cómoda; el trato era muy familiar y la libertad de que gozaba casi absoluta.

En la Facultad las cosas no me iban tan bien: por más que intentaba concentrarme en el estudio no lo lograba. Como hasta entonces había sido un buen estudiante, no podía comprender lo que me ocurría. Pero al menos había encontrado un buen amigo.

Josep y yo íbamos juntos a clase por la plaza de Herradores y Santo Domingo. Me solía hablar de un profesor ya anciano, don Adolfo Posada. Y también me decía que España, dirigida por gentes de bien y gracias al trabajo de todos los españoles podía y debía recuperar un sitio puntero en Europa y en el mundo. A mí aquello me parecía muy bien, porque le había oído cosas parecidas a mi padre.

También me hablaba de don Francisco Giner de los Ríos, un filósofo y pedagogo andaluz que trabajaba de sol a sol, y consiguió que yo me entusiasmara, pero me enfrié un poco cuando me enteré de que llevaba años muerto. Y así mismo, elogiaba a un tal Melquiades Álvarez, un gijonés que de muchacho tenía, con su madre viuda, una pensión para estudiantes, a los que servía sin importarle que fueran sus compañeros de estudio. Y al escritor Leopoldo Alas; a “Clarín” ya le conocía yo porque mi padre tenía un libro suyo en casa; se titulaba “La Regenta”.

Nombraba mucho mi amigo a don Marcelino Domingo, pero siempre para decir algo negativo de él. Cuando me enteré que el señor Domingo era de Tarragona, como Josep, pensé que el ser paisanos tenía algo que ver con la inquina que mi amigo sentía; pero me guardé de comentarlo.

Me seguía la corriente cuando yo le quería comunicar mi entusiasmo por el fútbol y la pelota vasca, pero enseguida me di cuenta de que las cosas de la política llamaban más su atención. Aunque, no era nada fanático; de hecho, decía cosas como que “la República puede ser algo formidable si las cosas se hacen bien”. Yo, la verdad, era más expansivo, y prefería lanzar un “viva la República”.

Algunos domingos por la mañana, alquilábamos un par de bicis y nos divertíamos mucho. Bueno, yo me divertía mucho pero terminaba muy cansado. Cuando encontrábamos alguna cuestecilla, Josep subía sin aparente esfuerzo y bastante rápido; yo no quería quedarme atrás y lo que conseguía era llegar sin aliento a la cima. Y después de media docena de cuestas, la verdad, yo estaba reventado. Recuerdo que un domingo llegue a mi casa, y sin comer, me eché en la cama para una pequeña siesta; pues bueno, no desperté hasta el lunes por la mañana.

En cuanto a Juan de Dios, se alojaba en la misma pensión que Josep. Trabajaba de dependiente en un comercio de tejidos.

A Tina la había conocido en una verbena, cuando ella estaba hablando precisamente con Juan de Dios.

Yo soy bastante tímido y cuando una muchacha me muestra el más leve asomo de rudeza, ni con las más terribles amenazas conseguiría nadie que yo me acercara de nuevo a ella. Más aún, basta con que me imagine que me levanta un poco la voz, para que yo desista de antemano de un primer intento de acercamiento.

Pero desde el primer momento me pareció que los ojos dulces de Tina me miraban con cariño. Y su boca me daba siempre la impresión de que me iba a sonreír; y aunque nunca me sonreía, aquel esbozo me llenaba de esperanza. Y debo decir que Tina me gustaba con locura; hasta entonces yo no había sentido nada parecido. Alguna vez mi hermana mayor me había calentado la cabeza con las bellezas de alguna muchacha, pero aquello se diluía en cuanto la hija de mi padre dejaba de echar leña al fuego. Con Tina me sucedía algo completamente nuevo; sólo el verla casualmente en la calle me provocaba un estremecimiento que casi terminaba en mi desmayo.

El caso es que a los tres días de conocerla, me sentía igual de cómodo con ella que charlando con mi madre y mis hermanos en la cocina de nuestro caserón en la costa del mar Cantábrico.

Tres días más tarde, es decir, a los seis días de haberla conocido, me habló de don Marcelino. Era un hombre ya mayor, asturiano. Tina no sabía si era militar, o cura, o industrial o tratante de ganado. Me contó que cuando ella tenía doce años, su padre, un coronel llamado don Alberto, se había pegado un tiro en la sien, dejándolas, a ella y a su madre, en la más absoluta miseria. Y que un mes después, don Marcelino había proporcionado a la viuda, doña Petra, un piso amplio y soleado al que se llevó a Albertina. Y que cuatro años después el señor Marcelino había llevado a Tina a otro piso más amplio y elegante, e igualmente soleado, manteniendo así mismo la vivienda, la posición y los gastos de doña Petra. Luego, sin que cambiara su mirada cariñosa, ni su sonrisa eternamente naciente, su esbelto cuerpo se alejó de mí.

Aquella noche tuve una experiencia nueva y terrible. El sabor amargo de aquella historia de don Marcelino coexistía en mis entrañas con el romántico sentimiento que Tina había hecho nacer.

Durante seis felices días Tina y yo nos habíamos encontrado en las calles, sin saber el como y el porqué de tales casualidades. Pero al día siguiente de aquel en que me hablo de ese señor don Marcelino, pasaron las horas de la tarde y no la vi; las horas de la noche iban cayendo y no la veía... Empecé a correr atolondrado y dolorido; corría hasta el portal de su casa; luego corría hasta una plaza cercana; luego hasta el portalón de una iglesia... Al fin la encontré en su portal.

Desde entonces llevamos unos meses de felicidad. Viendo como enhebra el hilo en la aguja; como encadena las puntadas; como se quita y se pone el dedal; como contempla la forma que la tela va cogiendo con el cosido; como alguna vez se pincha con el acero en su dedo y se lo lleva a la boca; viendo todo eso las horas se me pasan sin sentido.

Y me importa un pito que mis libros lleven sin ser abiertos todos esos meses felices. Y me importa un rábano don Marcelino. Y me importa un pito doña Petra, a la que he tenido el gusto de conocer, aunque el gusto no ha sido mutuo.

Una voz interior me dice que tarde o temprano tendré que afrontar mis contradicciones internas; pero es una voz tan lejana, tan débil, que no consigo entender ni sus argumentos ni sus razones.